

Populismo en América Latina. Una revisión de la literatura y la agenda

Populism in Latin America. A review about Literature and its present

Andrés Dockendorff V.*
Vanessa Kaiser B.**

Resumen

Definir populismo continúa siendo una asignatura pendiente en el estudio de la política latinoamericana, a pesar que éste retorna con frecuencia a las agendas de investigación. En este estudio bibliográfico se examinan los principales enfoques, perspectivas y definiciones en torno a los

* Investigador Asociado del Instituto de Asuntos Públicos, Universidad de Chile. Santa Lucía 240, Santiago Centro, Chile. *E-mail:* adocken@uchile.cl.

** Paseo Las Torcazas 14, Condominio Las Bandadas, Piedra Roja, Colina, Chile. *E-mail:* kaiser.vanessa@gmail.com.

cuales se ha intentado delimitar el estudio del populismo. Como se constata en la revisión de la literatura, el desafío no abordado reside en la conceptualización. El intento de desarrollar el concepto de populismo como categoría de estudio plantea altos niveles de dificultad en su uso como herramienta heurística. Los enfoques que sustentan cada una de las miradas provienen de áreas diversas en secuencias históricas distintas, lo que ha llevado a parte de la literatura a plantear que el populismo responde más a un fenómeno político sin contenido doctrinario preciso, que a una categoría política con características claramente definidas. En ese sentido, el populismo sigue siendo un puede de abordaje útil en el estudio de la política en la región, toda vez que algunas teorías y criterios de análisis proporcionados por la Ciencia Política desde Europa occidental y Estados Unidos resultan difícilmente exportables para el estudio de la democracia en América Latina, mientras que el populismo nos entrega pistas sobre el proceso político en países como Venezuela y otras democracias cuyos precarios niveles de institucionalización favorecen la emergencia de *outsiders* **potencialmente** populistas.

Palabras clave: Populismo, Neopopulismo, sistema de partidos, Conceptualización.

Abstract

Defining populism remains a pending issue in the study of Latin American politics, despite which, populism returns frequently to the research agendas. In this bibliographical study examines the major approaches, perspectives and definitions to define the study of populism. As noted in the review of the literature, the challenge lies in conceptualizing

addressed. The attempt to develop the concept of populism as a category of study suggests high levels of difficulty in its use as a heuristic tool. Approaches that support each of the looks come from different areas in different historical sequences, which has led to some literature to argue that populism is more responsive to a political phenomenon with no precise doctrinal contents, which features a political category clearly defined. In that sense, populism can still be a useful approach in the study of politics in the region, since some theories and criteria for analysis provided by the Political Science from Western Europe and the United States are difficult to export to study democracy in Latin America, while populism gives us clues about the political process in countries like Venezuela and other democracies whose precarious levels of institutionalization favor the emergence of potentially populist outsiders.

Key words: Populism, Neopopulism, Party system, Conceptualization.

Enfoques y definiciones tentativas

El populismo ha sido un objeto central en el estudio de la política latinoamericana desde mediados del siglo XX. En los últimos años ha despertado un renovado interés a partir de liderazgos como el de Menem en Argentina, Fujimori en Perú, Collor de Melo en Brasil y Hugo Chávez en Venezuela. El objetivo de este estudio bibliográfico es poner en evidencia, a través de una revisión de la literatura, las dificultades que ha enfrentado el concepto populismo por arribar a un consenso sobre sus atributos y características principales. El problema de los estudios sobre populismo y neopopulismo reside en el plano de la conceptualización, por lo que identificar y

examinar las perspectivas y definiciones en las que se ha articulado la agenda es un ejercicio útil que permite al lector formarse una visión general sobre un término complejo y difuso no sólo por su vacío doctrinario, sino además por involucrar aspectos tan distantes como el carisma del líder y su relación con las masas a través del uso de conceptos como “pueblo” y “oligarquía”, hasta la renovación completa del tejido institucional que en los casos más extremos se traduce en un acto de refundación, el cual se inicia con una nueva carta magna.

Pese a los numerosos trabajos y estudios, algunos caracterizados por el reduccionismo y lo que Sartori (1991) denominara como alargamiento de los conceptos (*concept stretching*¹), aún no existe consenso en torno a una definición y a los atributos típicos del populismo. En este artículo se revisan algunos de los enfoques más importantes y las definiciones centrales de la amplia gama de estudios y trabajos sobre el tema. Como se verá, el problema no radica en el abordaje empírico y la medición de niveles y/o grados de populismo, sino que el desafío sigue en el plano de la conceptualización, producto de la amalgama de situaciones históricas en que se ha presentado desde la Argentina de Juan Domingo Perón (populismo clásico) hasta el Perú de Juan Velasco Alvarado (populismo revolucionario militar) y los populismos neoliberales de los 90' en Argentina y Perú. Como se discutirá en el desarrollo del artículo, algunos intentos por definir populismo terminan sobrecargando el término, asignándole un sinnúmero de atributos que lo distancian de referentes empíricos, en tanto

¹ Sartori ejemplifica el *concept stretching* con los términos constitución, pluralismo, movilización e ideología, dando cuenta de cómo los conceptos se han estirado hasta no significar nada, impidiendo la generalización y la verificación/ falsificación (1991: 39-40).

que otras definiciones caen en el minimalismo, pasando por alto atributos relevantes².

Décadas atrás, Ionescu y Gellner (1970) se preguntaban si ¿Existe un sustrato unitario subyacente bajo esas formas [populistas] o bien se designa con un mismo nombre una multitud de tendencias desvinculadas entre sí? Como se desprende de la pregunta, un punto ciego de la reflexión sobre el populismo tiene que ver con la inexistencia de un acuerdo sobre sus características y elementos definitorios, por lo que el término se habría transformado en una; “etiqueta política, que designa una amplia gama de fenómenos, partidos, movimientos, líderes democráticos y autoritarios de distintas épocas, lugares y afiliaciones ideológicas” (Ruiz 2006: 103). Por ejemplo, mientras Knight (1998) considera pertinente definir el populismo en términos de un estilo político particular, lo que dotaría al concepto de flexibilidad y pertinencia histórica, Weyland (2001) considera que la “estrategia política” delimita de mejor forma el término populismo que el estilo político.

Otro registro del debate en torno al populismo tiene que ver con sus implicancias para la teoría democrática. Siguiendo a M. Oakeshott, Margaret Canovan (1999) entiende la democracia bajo dos caras; una cara redentora y otra pragmática. Las condiciones de posibilidad para el populismo surgen de la ineludible tensión en la cara redentora y la cara pragmática de la democracia. Como señala la autora: “democracy as we know it has two faces- a redemptive and a pragmatic face- and that coexistence is a constant spur to populist mobilization. (...)”

instead of being a symptom of backwardness that might be outgrown, populism is a shadow cast by democracy itself” (Canovan 1999: 3). Arditi (2004) prefiere emplear la metáfora del populismo como “espectro” de la democracia, y no como una mera sombra, como sugiere Canovan. Con ello se recoge la indecidibilidad entre el carácter democrático del populismo y sus aspectos más amenazantes. De todas formas, Arditi conserva la relación de interioridad entre populismo y democracia propuesta por Canovan, pero al tratarse de un espectro y no una sombra, el populismo puede presentarse en relación a la democracia de diversas formas (Arditi 2004). Cas Mudde también elude la idea del populismo como una especie de patología, y plantea que el discurso populista ha devenido en algo corriente en las democracias contemporáneas (Mudde 2004: 551).

Con todo, existen algunas aproximaciones aceptadas y reproducidas por una parte importante de la literatura sobre el populismo. Una de ellas es la de Kenneth Roberts (1999), quien propone cinco rasgos nucleares del concepto que son tomados como punto de partida en numerosos estudios. Éstos son:

1. Un liderazgo político personalista y paternalista, no necesariamente carismático.
2. Una coalición de apoyo policlasista basada principalmente en los sectores subalternos.
3. Una movilización política sostenida en la relación directa entre el líder y las masas que se salta las formas institucionalizadas de intermediación.
4. Un discurso antielitista y/o antiestablishment basado en una ideología ecléctica.
5. La utilización de métodos redistributivos y clientelistas que convierte a los sectores populares en base de apoyo al régimen (1999: 380-381).

² Munck y Verkuilen (2002: 408- 409) plantean el problema de la conceptualización en términos de la sobrecarga y el minimalismo en el que el intento por conceptualizar muestra un déficit en cuanto a los atributos que componen el concepto en cuestión.

Este conjunto de atributos se ha convertido en una suerte de *mínimo común conceptual*. No obstante, la aproximación al populismo como corriente de trabajo o línea de análisis sobre la política latinoamericana (Munck 2007) se ha realizado desde los más diversos enfoques. Entre ellos se cuenta la perspectiva histórico-sociológica, que pone el énfasis en las coaliciones multclasistas de los procesos de industrialización; la perspectiva económica³, que reduce el populismo a políticas expansivas y redistributivas; el enfoque ideológico, que entiende el populismo como la construcción discursiva que estructura el antagonismo pueblo/oligarquía y; la perspectiva política, que se aproxima al populismo a partir de los patrones de la movilización conducida por líderes personalistas (Roberts 1999).

Otra agrupación de los enfoques que estudian el populismo puede ser la siguiente; 1. Una línea de interpretación en clave con el proceso de modernización, donde se entiende el populismo como un fenómeno propio de la transición hacia la modernidad de los países subdesarrollados; 2. La interpretación histórico/ estructural del populismo que lo subordina a un estadio del proceso de desarrollo del capitalismo en la etapa en que el modelo agro exportador y el estado oligárquico hacen crisis, y finalmente; 3. La perspectiva coyunturalista hace hincapié en las oportunidades y las restricciones que rodean a las distintas clases y sectores sociales, en particular a los trabajadores en determinadas coyunturas históricas (Mackinnon y Petrone 1999).

³ En torno a la perspectiva económica se ha articulado la crítica de los economistas neoliberales, quienes han rotulado como populistas las políticas que apuntan a una mayor expansión de gasto, directa o indirectamente relacionado con algún tipo de redistribución. En estricto rigor, la crítica neoliberal ha “descalificado” como populistas las políticas macroeconómicas que generan inflación y déficit fiscal.

Dornbusch y Edwards (1989) analizan la macroeconomía del populismo como una reacción a las experiencias monetaristas. Por populismo, estos autores entienden una aproximación económica que enfatiza la redistribución y resta importancia a los riesgos de la inflación y el déficit financiero, los constreñimientos externos y la reacción de los agentes económicos ante agresivas políticas contrarias al mercado. En una fase inicial existiría insatisfacción con el crecimiento económico alcanzado por los países, sumado a una enorme desigualdad que proporciona la base para programas económicos y políticas radicales asociadas a una fuerte expansión del gasto. En segundo lugar, los *policy makers* rechazan explícitamente el paradigma conservador, y los peligros asociados al déficit fiscal son motejados de exagerados y desacreditados. Finalmente;

Populist programs emphasize three elements: reactivation, redistribution of income and restructuring of the economy. The common thread here is “reactivation with redistribution”. The recommended policy is a redistribution of income, typically by large real wage increases that are not to be passed on into higher prices. Inflation not withstanding, devaluation is rejected because of the inflationary impact and because it reduces living standards. The economy is to be restructured to save on foreign exchange and support higher levels of real wages and higher growth (Dornbusch y Edwards 1989: 6).

Mientras tanto, en las tradiciones marxista y de la teoría de la dependencia ha existido la inclinación a entender el populismo como un movimiento político compuesto por actores y bases multclasistas correspondientes a la etapa de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI). Desde un enfoque estructuralista, Vilas definió el populismo como; “una modalidad de acumulación de capital que

emana de una configuración determinada de la estructura productiva de la sociedad” (1988: 335). Para este autor, el populismo se correspondería con la etapa primaria del desarrollo de la industria nacional y la priorización del consumo interno como base de la consolidación del mercado nacional, en fase con la movilización y manipulación de las masas bajo la organización clientelar y la represión de las mismas, utilizando una ideología de la armonía y conciliación social, similar a la pretensión liberal, pero con la diferencia que la armonía que postula no es entre individuos sino que entre clases sociales (Vilas 1988, 2004). Según Paul Drake (1978), el populismo captura un conjunto disperso de características reconocibles en los movimientos políticos de América Latina, especialmente en los periodos de modernización social y económica. En la región, el populismo aludía a un set de actores políticos, políticas, actitudes, estilos y reacciones propias de las condiciones del siglo XX. Como movimiento, el populismo surgió frecuentemente de la crisis de las sociedades agrarias tradicionales y la pérdida del control patrimonial de las clases altas. El populismo surgió como respuesta a los problemas simultáneos planteados por la modernización económica y la movilización social (Drake 1978).

Ahora bien, con el populismo no se presentaría, como el análisis marxista de la sociedad industrial sostiene, una oposición burguesía/ proletariado, sino que la construcción del antagonismo *oligarquía/ pueblo*, siendo menos anticapitalista que antioligárquico y antiimperialista (Walker 2006). El populismo tendría como una de sus peculiaridades; “la construcción discursiva de la sociedad como un campo antagónico y maniqueo en el que se enfrentan el pueblo y la oligarquía” (De la Torre 2003: 60). En la

perspectiva post-estructuralista de Ernesto Laclau opera un modo de construcción de lo político distante del paradigma sociológico, con el retorno de la noción del *pueblo* como una categoría política contingente y la dicotomización del espacio social como precondition para la ruptura populista, dada la convergencia entre demandas insatisfechas y la irrupción de un líder (Laclau 2005, 2006). En su visión, el populismo existe siempre cuando las identidades colectivas se construyen en torno a la dicotomía *los de abajo versus los de arriba*, definiendo populismo a partir de tres categorías; dislocación, inscripción y frontera (Laclau 1987). Para Laclau es populista la reconstrucción politizada de identidades desarticuladas a través de un discurso que antagoniza el espacio social en dos campos políticos dicotómicos, lo que permite constituir al pueblo (los de abajo) en una nueva identidad popular opuesta a las oligarquías dominantes (Laclau 1987).

En el populismo clásico las distinciones amigo-enemigo y oligarquía- pueblo respondían a un principio central; la alteridad, el que iba dotando de sentido y sustrato a las conductas políticas (Novaro 1996). Esta construcción antagónica no va de la mano con una definición ideológica clara, sino que se caracteriza por la ambigüedad y un discurso ecléctico, siendo ilustrativo de ello el peronismo. La ambigüedad e imprecisión del discurso populista se explica por su función. Los símbolos populistas deben representar a este pueblo heterogéneo, no debe confundir ni agredir la identidad separada de cada uno de ellos, por lo cual el discurso y los símbolos utilizados deben ser imprecisos y ambiguos (Laclau 1987). Bajo esa lógica, cuando más extenso es el conjunto popular al cual se dirige el discurso populista, más ambiguo e impreciso tienen que ser los símbolos empleados. Por

esto, explica Laclau, los símbolos populistas son utilizados por las más variopintas corrientes ideológicas y políticas. De aquí se desprende la dificultad para conceptualizar y delimitar un fenómeno político que adopta distintas formas y representaciones de acuerdo a la realidad social y política en la que se desarrolla. En virtud de lo anterior, una perspectiva comparativa chocaría irremediablemente con este carácter *camaleónico* del populismo.

Otra característica que los autores y analistas suelen atribuirle al populismo es el ascendente carismático que definiría al liderazgo político populista. ¿Es el estilo político marcado por el ascendente carismático del líder el camino para una aproximación excluyente o discriminante al populismo? No, ya que el liderazgo carismático ha caracterizado con igual o mayor intensidad a los liderazgos y estilos políticos de otros fenómenos políticos, además de ámbitos no políticos como la religión, el deporte y el arte (Hermet 2003).

Queda descartada, entonces, una aproximación al populismo realizada exclusivamente a partir de las características de personalidad de un líder, o bien -en vista de la ambigüedad discursiva y la imprecisión de los símbolos empleados- su verificación exclusiva a partir de la constatación de cierto estilo político típico y característico, como propone Alan Knight (1998).

Origen y leyes de tendencia

En relación a las condiciones de emergencia del populismo, algunos autores coinciden en señalar que en Latinoamérica el populismo aparece por la crisis del Estado liberal dirigido por las oligarquías agroexportadoras. En ese punto es

cuando los populistas habrían descubierto que la profunda desigualdad existente en Latinoamérica impedía la modernización (Palacios 2001). Ahora, existe un momento en el cual la oligarquía auspicia y/o tolera el proyecto populista, y es cuando ambos, populistas y oligarquía, se sienten amenazados por la posibilidad de una revolución marxista-leninista. No se trataba de un temor a los sectores populares, sino que más bien a la activación, completa o parcial de éstos por partidos o líderes revolucionarios radicales. Entonces, como respuesta ante el debilitamiento y crisis del predominio oligárquico, el populismo de los 30' y 40' adquirió la forma de un arreglo institucional sustentado en la coalición entre sectores medios y populares en torno al Estado y a la industrialización como estrategia de desarrollo (Walker 2006).

Sin embargo, el debilitamiento de las élites gobernantes no sería producto de malas condiciones económicas. Por el contrario, muchos gobiernos populistas como el de Perón (1945-1955, undécima nación exportadora del mundo), el primer mandato de Carlos Andrés Pérez en Venezuela (1974-1979, bonanza de petrodólares) y más recientemente el de Hugo Chávez en Venezuela, se han desarrollado en un marco económico excepcionalmente favorable. El surgimiento del populismo en este tipo de casos podría encontrar explicación en las estructuras clientelistas desarrolladas por los regímenes democráticos previos, o en un intento por institucionalizarlas con el objeto de retener el poder sobre la base de una distribución de bienes caracterizada por la captura de los nuevos electores. Existen pocos incentivos para que los participantes busquen acabar con el sistema clientelar, puesto que éste se halla institucionalizado -en el sentido sociológico del término- como patrón regular de interacciones,

conocido, practicado y aceptado- si bien no necesariamente aprobado- por los actores (O' Donnell 1997). En vista de la relación Estado-dependiente que se forja en los regímenes populistas, atribuir a su plataforma de objetivos políticos la idea de desarrollo y modernización a partir de una reducción de las desigualdades materiales, fuerza una realidad que se construye más bien en torno a objetivos que apuntan a la obtención y mantenimiento del poder político, a costa de una distribución que transforma al votante en cliente del liderazgo populista.

Utilizando el modelo nacional-popular como plataforma analítica, Touraine (1999) sostiene que en Latinoamérica el populismo fusionaba las categorías; Estado/ ideología/ social en un conjunto, por lo que el populismo sería ante todo; “una política nacional popular” (1999: 332) que vincula la apelación al pueblo, a la nación que sufre la amenaza externa y al Estado como espacio de defensa de lo nacional. Touraine plantea que la manera típica de intervención social del Estado en Latinoamérica es la política nacional popular, forma de populismo que se desarrolla en sociedades o culturas dependientes. Por su parte, Martuccelli y Svampa entienden el modelo nacional-popular como; “el estado del sistema político propio de una época de industrialización que busca hacer viable el crecimiento hacia adentro, a través de la incorporación política de los sectores populares y el esfuerzo por movilizar las masas de manera organizada” (1999: 257). Los autores señalan el consenso existente entre los estudiosos que abordan la temática, en situar temporalmente el modelo nacional-popular entre la crisis de 1929 y los años 1959 y 1964, período caracterizado por la sustitución de importaciones destinada principalmente a la industria interna y el cuestionamiento a la

denominada “oligarquía dominante”. Martuccelli y Svampa entienden el modelo nacional-popular en torno a tres ejes articulados entre sí; 1. Un estilo político encarnado en el líder como protagonista del juego político y eje de la construcción misma de la noción de pueblo. 2. Un modelo de intervención económica caracterizado por la pretensión de consolidar el mercado interno, y; 3. Un modelo nacional popular, que; “inauguró un tipo de vinculación orgánica entre los sindicatos y el sistema político que apuntó a la participación organizada de aquellos. La característica principal fue la subordinación de los actores sociales al sistema político y del sistema político al líder” (1999: 259).

No obstante, ¿puede encontrarse una definición discriminante de populismo que no robe atributos a otros fenómenos o implique un excesivo estiramiento, maximización o minimización?⁴ Hermet recurre a Jaguaribe, quien sostenía; “lo que es típico del populismo es por tanto el carácter directo de la relación entre las masas y el líder, la ausencia de mediación de los niveles intermedios, y también el hecho de que descansa en la espera de una realización rápida de los objetivos prometidos” (Cit. en Hermet 2003: 10). Esta definición para Hermet es discriminante, ya que proporcionaría características distintivas del populismo, por un lado, estableciendo límites temporales imposibles para la deliberación democrática, y por otro, omite o niega la intermediación partidista. Al final volveremos sobre este punto, que permite un aterrizaje plausible a una conceptualización tentativa.

⁴ Esta pregunta se formula en clave con lo señalado por Sartori (1991) y citado en un comienzo (*concept stretching*) y lo señalado por Munk y Verkuilen (2002) respecto a la maximización y la minimización como sesgo en la conceptualización.

Respecto a esta segunda dimensión (la no intermediación), el populismo se caracterizaría por una desconfianza notoria hacia los partidos políticos, prefiriendo una relación no mediatizada con los sectores populares que le sirven de base. En este punto la agenda del populismo se cruza con el estudio del sistema de partidos y su evolución histórica. En casos como Perú, México, Venezuela, Brasil, Argentina y Bolivia, las clases trabajadoras y los sectores populares fueron incorporadas con más fuerza por partidos populistas amplios, multiclassistas y programáticamente difusos que por los partidos de masas⁵ de la izquierda (Roberts y Wibbels 1999; Dix 1989). Desde el punto de vista de los vínculos entre electores y partidos esto no es algo menor, ya que los electores de los partidos de masas serían más “inmunes” a los liderazgos personalistas que los electores de los partidos *atrapa-todo* (Costa 2008). El alto contenido doctrinario y programático que presentan los partidos de masas de la izquierda estructuran ideológicamente el poder político y despersonalizan la oferta política, mientras que bajo el predominio de los partidos *atrapa-todo* ocurre justamente lo opuesto.

En la línea de estudio del sistema de partidos y su institucionalización se incluyen explicaciones del contexto de emergencia del populismo, dadas ciertas condiciones del sistema partidista que permiten la irrupción de respuestas o soluciones populistas⁶. Mainwaring y Torcal (2005) avanzan

⁵ Los denominados partidos de masas (*mass party*) se desarrollan principalmente entre 1880 y 1960 en el marco de una extensión del derecho a sufragio, un esquema de competencia basado en la capacidad de representación de los partidos y un patrón de movilización que requería un intenso trabajo de captación y reclutamiento. La contribución de los miembros (cuota) era la principal fuente de recursos de estos partidos, en tanto que este modelo de partido se caracterizó por representar un nuevo segmento de la sociedad civil ante el Estado (Katz y Mair 1995: 18).

en una explicación que recurre a la evolución histórica de los partidos y sistemas de partidos y los medios de comunicación masivos en lo que ellos denominan como “democracias industriales avanzadas” y “semidemocracias de países menos desarrollados”. De acuerdo a los autores, se produce un *desfase* entre el desarrollo de los sistemas de partidos y el nivel de “arraigo” de los partidos como fuentes “fundamentales de identidad” en las semidemocracias de países menos desarrollados y la emergencia y consolidación de los *mass media*, provocando que; “la televisión se convirtiera en un fenómeno de masas antes que los partidos se afianzaran profundamente en la sociedad” (2005: 163). Por contraste, en las democracias industriales avanzadas, los partidos se consolidaron y afianzaron en la sociedad como “fuentes de identidad” antes de la emergencia de los medios de comunicación masivos y su impacto político⁷. De esa forma, los autores “especulan” en torno al alcance de esta asimetría histórica entre los sistemas partidistas de los casos señalados, y la inclinación hacia el voto personalista.

⁶ Aquí utilizamos populismo en relación a lo que la literatura de los noventa se inclinó por denominar como neopopulismo, y no hacemos la distinción para favorecer y, ex profeso, priorizar, la línea de investigación sobre sistemas de partidos como una clave de análisis para el estudio del populismo. No se incluye en la segunda sección, en la que se aborda específicamente el neopopulismo para dar prioridad a la comparación entre populismo y neopopulismo.

⁷ Pese a la pertinencia de esta secuencia histórica, es preciso reconocer que en la actualidad los medios de comunicación y en particular la TV juegan un papel clave en la formación del liderazgo político tanto en las democracias menos desarrolladas como en las democracias avanzadas. La TV ha agudizado la personalización del liderazgo político, el que a falta de un debilitamiento de las diferencias y barreras ideológicas, se sustentaría con más fuerza en la TV, donde los noticiarios fijan buena parte de la agenda de la campaña y los debates televisados, por ejemplo, se constituyen en un espacio para que las personas evalúen a los candidatos (Lanoue y Schrott 1989; Isolatus y Aarnio 2006). De acuerdo con Papatthanassopoulos *et al.* (2007) el debilitamiento de los partidos de masas, la baja de la militancia y el triunfo de la lógica de los medios obliga a los partidos y políticos a adaptarse a los medios.

¿Ahora bien, cabe homologar conceptualmente lo que se entiende desde los estudios centrados en la conducta electoral como *voto personalista* con el liderazgo populista? No, ya que analíticamente el voto personalista corre por un camino distinto al populismo, puesto que los electores pueden votar privilegiando las características personales de los candidatos, algo cada vez más común tanto en las democracias avanzadas como aquellas más jóvenes o reinstauradas, por sobre las etiquetas partidarias o las plataformas programáticas.

Lo anterior remite el análisis a la institucionalización de los sistemas de partidos. En su influyente trabajo de mediados de los 90', Scott Mainwaring y Timothy Scully definieron un sistema de partidos institucionalizados⁸ como aquel donde los partidos se afianzan y se dan a conocer, y los actores; “desarrollan expectativas, orientaciones y conductas basándose en la premisa de que esa práctica u organización prevalecerá en el futuro” (1995: 4). Un sistema de partidos institucionalizados cumple con los siguientes criterios o condiciones: 1) regularidad y estabilidad de las pautas de competición entre los partidos; 2) los partidos más importantes tienen raíces fuertes en la sociedad; 3) los actores relevantes reconocen la legitimidad de los procesos electorales y los partidos como único medio para acceder al poder, y finalmente; 4) los partidos no están supeditados a los intereses de liderazgos personalistas o caudillos, ya que poseen una firme implantación territorial y cuentan con estatutos y procedimientos

respetados y valorados (Mainwaring y Scully 1995: 4-5). En los sistemas de partidos menos institucionalizados:

Hay más espacio para los populistas porque las afiliaciones partidarias no estructuran tanto el voto como sucede en los sistemas institucionalizados. Es más probable que los electores emitan sus votos en respuesta a llamados personalistas más bien que a la afiliación partidista de los candidatos (...) Puesto que se apoyan en llamados directos a las masas, los líderes populistas tienden a propugnar medidas políticas con vista a la publicidad más bien que a un impacto político de largo alcance. Estando menos vinculados a un partido y constreñidos por él, es más probable que rompan las reglas tácitas del juego. Con facilidad surge un círculo vicioso; la falta de partidos sólidos crea un mayor espacio para los populistas, quienes luego gobiernan sin intentar crear instituciones más sólidas, perpetuando así el ciclo (Mainwaring y Scully 1995: 18).

Cuando los líderes populistas deciden formar una nueva estructura partidaria, están dando cuenta de su desconfianza hacia los partidos existentes, por lo que como “antídoto” a la emergencia y consolidación de líderes populistas, entendidos como aquellos que debilitan la institucionalidad y las vías representativas, debe oponerse un sistema de partidos estable, dinámico e institucionalizado (Navia 2003; Prud' Homme 2001)⁹. Con todo, no sólo un sistema de partidos débil o inexistente puede contribuir a la emergencia de *outsiders potencialmente* populistas, sino que también la existencia de sistemas de partidos anquilosados e incapaces de renovarse y adaptarse (Coppedge 2001) ante los nuevos problemas y demandas.

⁸ Mainwaring y Scully siguen la definición de institucionalización proporcionada por Samuel Huntington, para quien ésta corresponde al “proceso a través del cual las organizaciones y procedimientos adquieren valor y estabilidad” (Huntington 1990: 23).

⁹ Mainwaring y Shugart distinguen y diferencian el *accountability* electoral (que ellos utilizan) del *accountability* horizontal acuñado por O' Donnell. El primero; “tiene lugar por medio de elecciones; la *accountability* horizontal ocurre en su mayor parte entre elecciones e involucra a las instituciones que controlan al Ejecutivo, tales como el Congreso, los tribunales y la Auditoría General” (2002: 41).

En el caso peruano, por ejemplo, Fujimori consiguió imponer una lógica anti-institucional, antipartidista y en general, antipolítica, que habría permeado con fuerza la cultura política peruana (Tanaka 2004). La lógica anti-política que constata Tanaka en el Perú de Fujimori se relaciona con lo sostenido por Hermet sobre la revolución de expectativas y demandas de satisfacción instantánea que se “salta” el circuito de intermediación compuesto por los partidos políticos. En ese sentido, Tanaka apunta a la institucionalización democrática y las dificultades para su materialización derivadas de un sistema de partidos no consolidado. El autor concluye que desde inicios de los noventa en Perú la política se realiza al margen de los partidos políticos y las plataformas ideológicas, siendo características centrales del proceso político la volatilidad, el personalismo, la precariedad de los liderazgos políticos, el cortoplacismo y la ausencia de conductas cooperativas. Los partidos muestran bajos niveles de cohesión y estructuración programática, apareciendo principalmente en las campañas electorales (Tanaka 2004).

En este caso, los partidos parecen haber dejado de cumplir las funciones básicas que la literatura les atribuye. En Perú no existiría, hasta la presidencia de Toledo tal como lo señala Tanaka, un sistema de partidos institucionalizado que contribuya a la institucionalización democrática. Los partidos políticos parecen responder a los llamamientos demagógicos de los caudillos y se articulan, especialmente en épocas electorales, en torno a éstos, aumentando la volatilidad electoral y la fragmentación del sistema partidista. A este respecto; ¿hasta dónde la década de Fujimori y la lógica anti-política observada se relaciona con la baja densidad institucional del sistema de partidos? ¿Qué

peso tiene el periodo autoritario precedente y el populismo o la etapa nacional popular bajo Alan García? La respuesta a estas preguntas podría introducir explicaciones alternativas a la que atribuye al fujimorismo las características del sistema partidista posterior. Un análisis de las condiciones históricas de los partidos políticos como el APRA podría despejar las interrogantes planteadas. Por ejemplo, la crisis económica y la violencia terrorista desatada por el senderismo limitó la capacidad de los partidos establecidos para construir vínculos fuertes y durables con el electorado emergente, a lo que se sumaron los sucesivos fracasos de los gobiernos de AP y el APRA que contribuyeron al colapso del centro político, llevando a una mayoría del electorado a buscar respuestas en las apelaciones de los *outsiders* (Levitsky y Cameron 2003). Es importante señalar que la literatura que estudia los sistemas de partidos en perspectiva comparada, suele emplear los términos populista y outsider indistintamente. En algunos casos, casi cualquier liderazgo *externo* al sistema de partidos es definido como populista. Pero, ¿todo aquello que vive fuera de los partidos es necesariamente populista? La pregunta sugiere mayor prolijidad en el empleo de los términos, ya que si bien un liderazgo externo al sistema partidista puede ser a la vez populista, no es posible hablar de una especie de regla empírica que señale que *todo outsider es populista*, o viceversa. Lo apropiado parece ser hablar de *outsiders potencialmente* populistas, bajo el supuesto analítico de que los liderazgos externos tienen mayor probabilidad de, a la vez, ser o llegar a ser populistas. El caso chileno y la interpretación que desde ciertos sectores académicos se hizo de la irrupción del “fenómeno Lavín” como neopopulista ilustra el punto, a la vez que da cuenta del nocivo estiramiento conceptual del que se han servido

los estudiosos para encuadrar analíticamente distintos casos.

En la medida en que los partidos políticos son incapaces de ir absorbiendo las demandas y adaptándose a los cambios de la sociedad, se van acumulando entradas o *inputs* que terminan por *sobrecalear* el sistema político, derivando finalmente en que el; “personalismo mayor de los sistemas partidistas menos institucionalizados no sólo (tenga) efectos sobre la naturaleza de la competencia partidista, sino que puede allanar el camino hacia el autoritarismo o hacia la erosión de los regímenes democráticos o semidemocráticos” (Mainwaring y Torcal 2005: 167).

Por otro lado, existe consenso en la literatura respecto a que la falta de *accountability horizontal* (Ver nota al pie número 4), pesos y contrapesos entre los poderes del Estado, así como la existencia de democracias fuertemente presidenciales, contribuye a la acumulación excesiva de poder en el ejecutivo. El ejecutivo concentrado en torno al Presidente acumula poder gracias a que la “ampliación” de poderes presidenciales se incluye en las disposiciones constitucionales y en algunos casos los presidentes contrarrestan la oposición o la falta de apoyo del legislativo gracias a estos poderes de legislar por decreto “saltándose” al parlamento (Mainwaring y Shugart 2002; Payne 2006)¹⁰. Aquí el gobernante respondería únicamente al electorado, quien decide de manera plebiscitaria en las elecciones, lo que habilitaría las condiciones para la emergencia de liderazgos políticos de corte populista.

¹⁰ Mainwaring y Scully siguen la definición de institucionalización proporcionada por Samuel Huntington, para quien ésta corresponde al “proceso a través del cual las organizaciones y procedimientos adquieren valor y estabilidad” (Huntington 1990: 23).

En este punto podría emerger el populismo, facilitado por diseños institucionales fuertemente presidencialistas, concentración de poder en manos de un Ejecutivo fuerte (sobre este punto nos extenderemos más adelante) y la persistencia de culturas políticas autoritarias y delegativas.

En las democracias de los países más avanzados la formación y consolidación de sistemas partidistas sólidos y fuertemente anclados en la sociedad se dio antes de la irrupción de los medios masivos de comunicación, lo que, junto al predominio de formas de gobierno parlamentarias¹¹ hace menos probable la presencia de vínculos electorales personalistas. En el caso de las *semidemocracias* los partidos no se afianzaron antes de que la televisión se convirtiera en un fenómeno masivo, por lo que se volvió más compleja su institucionalización.

A partir de lo planteado se desprenden algunas *leyes de tendencia*¹², las que se sugieren únicamente a modo ilustrativo, y carece de

¹¹ Para una revisión de los poderes presidenciales, reactivos y proactivos sobre la legislatura y las políticas, ver Mainwaring y Shugart (2002). Entre estos cabe mencionar el poder de veto e insistencia, el veto parcial, los poderes de decreto, la iniciativa y la urgencia legislativa exclusiva en el ejecutivo (p. 59).

¹² En este punto seguimos el esquema de análisis de Sartori, quien establece *leyes de tendencia* respecto a los efectos del sistema electoral sobre el sistema partidista. Esto lo hace *refaccionando* las leyes sociológicas de Duverger; “a condición de renunciar a la fuerza lógica de un análisis acerca de condiciones necesarias y suficientes, contentándonos con condiciones que *facilitan* o bien *obstaculizan*”. Las *leyes de tendencia* que plantea Sartori son; “el sistema uninominal facilita (es una condición que facilita) un formato bipartidista y, al contrario, obstaculiza (es una condición que obstaculiza) el multipartidismo. Ley de tendencia 2; los sistemas proporcionales facilitan el multipartidismo” (1999: 301). Como se señala en el párrafo, seguimos la propuesta del autor para, a partir del esquema e intensidad institucional del sistema de partidos, establecer tendencias en torno a la emergencia o la facilitación de la emergencia del populismo.

toda pretensión explicativa. Una primera ley de tendencia señala que los sistemas de partidos poco institucionalizados facilitan la emergencia de *outsiders*, *potencialmente* populistas¹³; mientras, la segunda ley de tendencia establece que un sistema de partidos institucionalizado, estable y dinámico obstaculiza la irrupción de liderazgos externos respecto al sistema partidista, y que, como se señaló, son *potencialmente* populistas¹⁴. En síntesis, para evitar la *respuesta* populista resultaría clave la existencia de un sistema de partidos institucionalizado y un Estado eficiente regulador y subsidiario que deje al mercado la asignación de los recursos.

Instituciones y partidos débiles contribuyen a la emergencia del populismo, y por su parte, el populismo tampoco contribuye al fortalecimiento de las instituciones, sino que las debilita. De cualquier modo, la relación que se plantea en la forma de *leyes de tendencia* entre la institucionalización del sistema de partidos y las condiciones de posibilidad para la emergencia de *outsiders* *potencialmente* populistas, no establece qué se entiende por populismo. La agenda de investigación centrada en el sistema de partidos y su institucionalización ubica analíticamente al populismo en el polo opuesto de un sistema de partidos institucionalizado. Desde esa perspectiva, el populismo se

entendería como la ausencia de intermediación institucionalizada, partidos organizativamente fuertes, vínculos representativos deteriorados, entre otras. Si bien no se es posible avanzar en una definición discriminante de populismo a partir de este enfoque, se obtienen elementos útiles para ir avanzando hacia una *reconstrucción conceptual* del término. Pero antes, es preciso detenerse en la reinstalación del término en la agenda en los 90', a partir de lo que se definió convencionalmente como nuevo populismo o neopopulismo.

Populismo y 'remake' neopopulista

El análisis del neopopulismo puede resultar aún más complejo, dada la contemporaneidad de su emergencia y la menor perspectiva histórico-comparativa. En ese sentido, el término también ha dado pie a una utilización indiscriminada¹⁵. A pesar de ello, Michael Conniff (2003) sugiere un interesante marco cronológico para situar temporal y conceptualmente algunas sub-categorías de populismo y neopopulismo.

Los neopopulistas abandonaron el modelo de intervención del Estado en la economía (propio del populismo), abrazando el neoliberalismo, junto con un discurso más crítico hacia los partidos políticos. Además, dejaron de lado sectores de apoyo de los populistas como sindicatos e industriales, en función de la

¹³ Destacamos *potencialmente*, ya que como se señaló anteriormente, *outsider* no es intercambiable por populista, a pesar de que podría aceptarse que los liderazgos *outsiders* suelen ser populistas con mayor frecuencia que los liderazgos surgidos desde los partidos en el contexto de sistemas partidistas fuertemente institucionalizados.

¹⁴ Estas *leyes de tendencia* para el populismo sólo tienen un carácter descriptivo, y no se entienden, en ningún caso, como; "generalización provista de *poder explicativo* que expresa una regularidad" (Sartori 1991: 31).

¹⁵ Ejemplo de ello es el artículo de William Schneider (1994) en *Political Psychology* donde se ocupa de la descripción (bastante ideográfica) de una nueva cultura política populista post guerra fría, caracterizada por el pragmatismo o anti-ideologismo, un populismo anti-elitista y un personalismo anti-partidista que tenía entre sus exponentes, de acuerdo al autor, a Clinton y Yelsin, quienes graficaban este nuevo estilo político alejado de los partidos y las ideologías. Como se ha visto hasta aquí, ello no basta para hablar de populismo.

Populismo y Neopopulismo en América Latina

Populismo		Neopopulismo	
Periodo	Características	Periodo	Características
1900- 1929	Populismo temprano o proto-populismo (cono sur).	80s'	Experimentación temprana por líderes activos antes de los golpes militares (Alan García, Leonel Brizola, Miguel Arraes, Arnulfo Arias).
40', 50' y 60'	Populismo clásico, aparentemente extinguido por los regímenes militares.	90s'	Neopopulismo de "verdad" en América del Sur (Menem, Collor, Fujimori, Bucaram).
80' y 90'	Resurgimiento del populismo (80') y neopopulismo (90').	Fines de los 90' y comienzos de siglo.	Neopopulismo militar o militarismo populista (Chávez, Gutiérrez, Oviedo).

Fuente: Conniff (2003).

mayor informalidad y diversificación de la fuerza laboral, la decreciente importancia política de los trabajadores organizados y de la movilización masiva en la región (Roberts 1999; Weyland 2001). Los neopopulistas dependen más del apoyo individual de las personas articulado desde la esfera privada, que de un soporte construido a partir de manifestaciones colectivas materializadas en el espacio público (Weyland 2001).

Para Braun (2001) los viejos populistas son *populazos*, y los de ahora (neopopulistas) *populitos*. Los populazos habrían surgido desde los anacrónicos y decadentes sistemas políticos diseñados y controlados por las elites tradicionales, convirtiéndose en gigantescos movimientos de activación e incorporación popular, controlando grandes

espacios de la vida pública. A diferencia de los populazos, los populitos actuales no buscarían una reestructuración del orden social. Los neopopulistas, en el argumento de Braun, entenderían que el mercado, más que el Estado, debe operar libremente. A diferencia de los populazos, los populitos no tendrían posibilidades de derivar en socialismos, comunismos o fascismos.

El neopopulismo replicaría la importancia del liderazgo carismático, no obstante; "presenta otros rasgos en el discurso y en la acción política: predominio del carisma del líder en la representación política, debilidad institucional en los partidos, presencia de relaciones clientelares entre líder y seguidores, cruzada de elementos simbólicos y emocionales, precariedad de la ideología como factor de unidad y constitución

de identidades políticas” (Costa 2004: 55). Las transformaciones en el plano político, económico, social y cultural, o en términos más generales, en las condiciones estructurales que dieron pie al populismo de antaño, derivan en que los liderazgos que actualmente se denominan como populistas sean muy diferentes de los populismos históricos (Novaro 1996).

Con todo, ¿qué pasó con la categoría del neopopulismo como puente de abordaje en el estudio de la realidad política latinoamericana? Ellner (2004a) sostiene que actualmente el neopopulismo ya no tiene tanta validez como categoría analítica como a mediados de lo 90’, cuando los autores diferenciaban populismo clásico y neopopulismo, porque el segundo se caracterizaba por una base social compuesta por miembros de la economía informal y la implementación de políticas neoliberales, mientras que los populistas antiguos practicaban el modelo ISI (Industrialización por Sustitución de Importaciones) y el intervencionismo estatal en la economía. La emergencia de nuevos actores *sui generis* como Chávez restaría validez explicativa al neopopulismo como categoría analítica. Según Hermet los “verdaderos populistas rechazan el arte de la política en la medida en que se desinteresan del largo plazo y no sólo de palabra. Además, los más agresivos entre ellos ambicionan minar del todo la democracia representativa con el fin de sustituirla por una democracia plebiscitaria o por una dictadura franca y abierta” (2001: 19-20). Los neopopulismos liberal-mediáticos de los 90’ se caracterizaban por líderes que no pretendían derribar la democracia representativa, sino que buscaban, al menos discursivamente, consolidarla a través de la introducción de dosis controladas de democracia plebiscitaria. Los líderes neopopulistas, actuarían de forma

engañoso, en la medida que construyen un discurso que según el caso, va en la defensa de los pobres, el orgullo nacional, el antiparlamentarismo, la denuncia de la corrupción (Collor de Melo y Fujimori), la apelación a imágenes y figuras de líderes populistas del pasado (Menem utilizando a Perón), para una vez en el poder implementar políticas de ajuste neoliberal poco populares (Hermet 2001). Santiso sostiene que los “camaleones populistas” (2001: 221) han actuado como sombrilla para los economistas neoliberales y las reformas económicas impulsadas por éstos. Líderes que para las elecciones son declarados antiliberales dan paso, una vez electos, a la ortodoxia neoliberal. No obstante, Kurt Weyland discute que lo anterior implique que estos políticos abandonen el populismo al llegar al poder, y señala que parte de la literatura no ha logrado arribar a lecturas satisfactorias sobre la inesperada sinergia entre neoliberalismo y neopopulismo y la democratización social que favorecería el populismo neoliberal. “Instead, leaders like Menem, Fujimori, and Collor kept using typically populist political tactics while in office, and the application of these tactics had a great impact on the political fate of these leaders” (2003: 19).

En síntesis, las diferencias entre populismo y neopopulismo se pueden organizar en torno a dos ejes; 1. Base social; el populismo clásico se basó en la clase trabajadora urbana y en los sectores populares, mientras que el neopopulismo recurre al apoyo de los sectores urbanos informales y a los sectores rurales pobres; 2. Dinámica de incorporación/exclusión: en el populismo clásico se observa una incorporación social y política de carácter universal; en el neopopulismo se produce una incorporación selectiva de ciertos sectores

subalternos a través de programas económicos focalizados en segmentos (Mackinnon y Petrone 1999).

Desde su enfoque estructuralista, Vilas (2004) plantea que en la medida que el neopopulismo borra los “avances” de los populismos, es en realidad un anti-populismo. Sin aceptar la hipótesis neopopulista, Vilas diferencia populismo y el “supuesto” neopopulismo partiendo del carácter distributivo y la organización popular típica del primero y el “desmantelamiento” de los servicios estatales y la política distributiva en el segundo. El autor plantea que si el populismo promovió la participación y la integración de los sectores populares, el neopopulismo se caracteriza por el autoritarismo; la integración y movilización populista se transforma en los neopopulismos en exclusión, marginación y fragmentación; las grandes organizaciones de clase son reemplazadas por la individualización de lo social, el Estado industrial es reemplazado por la especulación financiera y el Estado regulador por el Estado privatizador.

En definitiva, el neopopulismo como concepto aplicado al surgimiento de líderes como Alberto Fujimori en Perú, Fernando Collor de Mello en Brasil y Carlos Menem en Argentina; ¿tiene coincidencias con el populismo clásico que en algunos casos sirvió de inspiración simbólica? Una revisión de los hechos históricos que se sucedieron tanto en la elección de dichos líderes como en las conductas desarrolladas en sus gobiernos lleva a la conclusión que de tener algunos aspectos comunes, éstos fueron instrumentalizados más bien en las campañas políticas como forma de adhesión popular, pero bajo ningún aspecto el posterior ejercicio del poder puede compararse al populismo tradicional o revolucionario militar

con Juan Velasco Alvarado en Perú (1968-1975), Guillermo Rodríguez Lara en Ecuador y el general Omar Torrijos en Panamá. El hecho de que se trata de líderes *outsiders* está dado por una debilidad crónica del sistema político partidario que no permite su clasificación en el marco del neopopulismo, puesto que éste tendría que suponer al menos ciertas coincidencias fundamentales con su predecesor, el populismo clásico. Vicente Fox en México, Alejandro Toledo y Alan García en Perú, Carlos Andrés Pérez en Venezuela (segundo período), además de los ya citados se enmarcan en un fenómeno frente al cual no se ha desarrollado una clasificación coherente. Couffignal y Ramírez (2007) entienden el populismo tanto en su dimensión de régimen político como de discurso político. Ésta puede ser una respuesta posible a la confusión que generó el neopopulismo de principios de los 90', puesto que sus regímenes nada tuvieron que ver con el populismo tradicional aunque sí en parte de la retórica y el discurso. Estaríamos, en consecuencia, frente a una instrumentalización del populismo como estrategia para obtener el poder, pero en lo que respecta a los regímenes, éstos no tendrían mayores aspectos en común ni con el populismo ni entre ellos, salvo por la implementación de ciertas reformas económicas estructurales tendientes a la estabilidad macroeconómica -las cuales son esencialmente liberales y no populistas- lo que responde más bien al fin de la Guerra Fría, el colapso del comunismo y la globalización del comercio internacional que requiere de otras reglas del juego. Las perspectivas que se presentan a continuación prescinden del hecho de que las políticas liberales o neoliberales, que apuntan al fortalecimiento del individuo frente al Estado y a la atomización del poder en contraste con la concentración propia de los populismos estudiados, impiden el desarrollo

de una clasificación populista de los gobiernos latinoamericanos de principios de los 90', simplemente porque ese tipo de medidas corresponde al acervo liberal.

Al poner atención en las diferentes bases de movilización del populismo y neopopulismo se aprecia que la clase obrera sindicalizada del populismo difiere de la informalidad y heterogeneidad de los sectores populares actuales (Lodola 2004). Además, el populismo y neopopulismo difieren en la utilización de las instancias de mediación. Mientras el primero recurría a mecanismos corporativos para controlar las demandas de los sectores movilizados, los segundos se caracterizan por la relación directa (a través de los medios de comunicación) entre el líder y el pueblo (Lodola 2004). Por otro lado, mientras en el populismo la construcción discursiva apuntaba a la oligarquía como el enemigo del pueblo, en los neopopulismos los partidos políticos pasan a cumplir ese papel. En este punto se detectan coincidencias entre las democracias avanzadas occidentales y las democracias menos desarrolladas, ya que en las sociedades avanzadas, la frustración crónica hacia los partidos y la política¹⁶, así como la percepción de cierto déficit democrático, contribuiría a la emergencia de un cierto *populismo postmoderno* (Axford y Huggins 1997).

Entre populistas y neopopulistas habría algunas coincidencias; ambos se inclinarían por la

modificación del *status quo* y el rechazo a los partidos y grupos intermedios organizados no controlados por el Estado, sin embargo, el fenómeno no tendría nada de *neo* o nuevo si se incorpora el caso del segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo en Chile, cuyo eslogan de campaña electoral en la década del 50' fue 'a barrer con los políticos'. Los populistas habrían intentado el debilitamiento institucional con el objeto de despejar el camino hacia la obtención de más poder, y los neopopulistas neoliberales con el fin de poder emprender las reformas económicas neoliberales (Prud' Homme 2001). El adversario tanto de populistas y reformadores neoliberales sería la clase política, representada generalmente por los partidos tradicionales, hacia donde se dirige con especial encono la crítica populista y neopopulista. No obstante, los neopopulistas de los 90' parecen menos interesados en destruir el sistema político democrático que algunos populistas.

Por último, la irrupción reciente de Chávez, Correa, Morales y los Kirchner en Argentina, aporta una serie de nuevos elementos a analizar, cuyas raíces muestran mayores grados de similitud con el populismo tradicional que los hasta ahora llamados neopopulismos-neoliberales. La relación líder y masas, el discurso maniqueo, el carácter redistributivo, la concentración del poder estatal, la destrucción de las fuentes productivas y la anulación del mercado como principal asignador de recursos, la vuelta hacia un Estado empresario (proceso que comienza con la nacionalización de los recursos naturales y el reparto de tierras), todo lo cual deriva en la cesación de pagos de deuda internacional, desequilibrios macroeconómicos importantes y altos niveles de inflación, constituyeron características comunes en todos los gobiernos populistas de la historia

¹⁶ Sobre este punto, la literatura (principalmente sobre el caso americano) ha dado cuenta del impacto de la forma en que la TV muestra la política al público. Debido a su formato y la competencia existente, la TV tiende a representar la política al público como algo lleno de conflictos y peleas, lo que aburriría a las personas, y las llevaría a alejarse de la política y adoptar una visión crítica sobre ésta, fenómeno que ha sido denominado como *videomalaise* (Newton 1999).

del siglo XX. ¿El resultado? Bajas tasas de crecimiento generadas fundamentalmente por la falta de desarrollo de: “tres determinantes claves (...): la fortaleza de las instituciones, las políticas de competencia y la estabilidad macroeconómica” (Edwards 2008: 39).

Hasta el momento se han revisado algunos de los principales enfoques y articulaciones analíticas sobre populismo y neopopulismo, y básicamente se ha constatado, a través de un mapa de los enfoques y definiciones en cuestión, la lógica conceptualmente heterogénea que da cuenta de una fuerte *dispersión terminológica*. Pese a ello, desde la Ciencia Política el populismo sirve como un puente de abordaje a la realidad latinoamericana, a diferencias de teorías y criterios de análisis empleados con éxito en el estudio de la política europea y en las democracias avanzadas, pero difícilmente exportables a la realidad de la región.

Pues bien, en esta revisión de la literatura sobre el populismo y neopopulismo como marco para la exploración de la política latinoamericana, puede resultar útil examinar la noción de democracia delegativa O’ Donnell (1994), cuestión que se aborda en la siguiente sección.

¿Populismo o democracias delegativas?

A comienzos de los noventa O’ Donnell (1994) definió la democracia delegativa como un subtipo democrático en el que el mandato presidencial deriva en una hipertrofia del ejecutivo. Las democracias delegativas se caracterizan por un mandato presidencial autónomo e independiente del *accountability*. Son fuertemente mayoritarias, pasando a encarnar durante su mandato los intereses de la nación, con una orientación

individualista. Más allá de identificaciones partidarias o ideológicas aquí se escoge a un líder, que como tal, es la encarnación de la nación durante su periodo constitucional (o bien hasta donde resista su popularidad y los resultados de su mandato). Las otras instituciones son consideradas como un estorbo para el pleno ejercicio del poder por parte del ejecutivo. Por su parte, para Peruzzotti (1998) lo que se observa en los 90’ es la resurrección de identidades y prácticas populistas del pasado, donde la cultura populista pareciera mantenerse con fuerza especialmente en países que tuvieron liderazgos o partidos populistas históricamente fuertes como Argentina, Brasil y Perú. Entonces, ¿es la democracia delegativa un *aggiornamento* del populismo clásico que no permite hacer el enlace con el neopopulismo? De la Torre reconoce que el argumento del populismo como componente esencial de la fase redentiva de la democracia es tentador. Pero más adelante concluye que; “la redención populista también está basada en la apropiación autoritaria de la voluntad popular. Dado que los políticos dicen encarnar al pueblo y ya que no se crean instituciones para expresar la voluntad popular, los regímenes populistas tienden al autoritarismo” (2003: 62). Siguiendo la noción de democracia delegativa, para De la Torre tanto los populismos antiguos como los nuevos podrían ser regímenes delegativos.

La noción de democracia delegativa se cruza con el populismo y el neopopulismo en dos puntos. Primero, la democracia delegativa y el populismo convergen cuando la caracterización de la primera aborda la toma de decisiones y la implementación de políticas al margen de la deliberación y el *accountability* característico de la democracia representativa, en lo que Guy Hermet definiera como distintivo del populismo en tanto fenómeno antipolítico de

realización inmediata. Segundo, la democracia delegativa converge con el neopopulismo cuando el ejecutivo hipertrofiado actúa como marco o “paraguas” para los tecnócratas y las reformas estructurales, similar a lo acontecido en los neopopulismos que aplicaron reformas económicas de ajuste. Es típico de las democracias delegativas la persistencia de culturas políticas que aún no son plenamente democráticas, en las cuales la figura del líder o caudillo reside principalmente en el ejecutivo, y no en el parlamento o en los partidos políticos (Costa 2004).

En los casos de Chávez y Fujimori se observa la introducción de Constituciones nuevas (1993 en Perú y 1999 en Venezuela) que implementaron la democracia directa para “corregir” el dominio de los partidos (Ellner 2004b). De esa forma se contribuyó a fortalecer el predominio del ejecutivo (“hiperpresidencialismo”) para llevar a cabo las reformas sin el contrapeso del Congreso y los partidos. Los partidos y el Congreso como instancias de discusión, negociación y deliberación sólo entorpecen y limitan las posibilidades del Ejecutivo *hipertrofiado* de turno. A las nuevas Constituciones que dan marco al escenario político se añade la utilización del plebiscito como instrumento de profundización o renovación de la delegación y reemplazo a los partidos políticos, en tanto agentes institucionales de intermediación y representación. Pese a que es posible vincular la democracia delegativa de O’ Donnell con el populismo y el neopopulismo, es pertinente señalar que la preocupación central de O’ Donnell apunta a la hipertrofia del ejecutivo y particularmente al presidencialismo “superdotado”. La democracia delegativa deja afuera varios de los rasgos que presentan cierto consenso en la literatura sobre el populismo, básicamente; los patrones

de movilización y formación de coaliciones sociales amplias, una construcción discursiva antagónica, un liderazgo político personalista y el clientelismo de los sectores populares en función de prácticas redistributivas. En cuanto al neopopulismo, la democracia delegativa encuentra más puntos de comparación, por ejemplo, en materia de reformas económicas y la orientación tecnocrática por sobre las instancias de intermediación partidaria.

Un ejemplo opuesto al *concept stretching* se observa en estudios como *Latin American Public Opinion Project* (LAPOP), que estima un índice de rechazo a lo que se denomina “populismo delegativo” (2007: 54), donde se mide la inclinación de la ciudadanía al fortalecimiento del liderazgo presidencial en detrimento de otras instituciones democráticas. Luego, a través del cálculo de regresiones lineales se identifican algunos predictores significativos para el índice de populismo delegativo; los residentes urbanos presentan mayores niveles de rechazo al populismo delegativo que los residentes rurales, los ciudadanos con mayores niveles educativos tienen mayores posibilidades de rechazar el populismo delegativo que aquellos con un nivel educativo más básico (2007: 55). Con todo, e independiente de la sofisticación del modelo que permite (en algunos casos en el límite del margen de error) realizar estimaciones sobre la tolerancia hacia el populismo delegativo, no se justifica conceptualmente el empleo del término populismo, zanjando por la línea operativa; fortalecimiento del liderazgo presidencial por sobre otras instituciones democráticas. ¿Es eso populismo? LAPOP no aborda el “reto” en cuanto a la distinción, el descarte o la complementación entre populismo, neopopulismo y la democracia delegativa. Siguiendo a Munck y Verkuilen (2002), sabemos que la medición no debe

anteponerse a una correcta conceptualización, ya que en ese caso el camino operativo constituye un verdadero atajo para el investigador. Pese a esto, la nomenclatura de “populismo delegativo”, puede permitir avanzar hacia una nueva etapa en la discusión, y quizás, hacia una nueva “clave” o registro para el estudio de la política latinoamericana que deberá ser profundizada en investigaciones futuras.

¿Populismo en Chile?

La pregunta acerca de si este fenómeno político ha cruzado las fronteras de Chile sólo tiene respuestas de carácter tentativo, por la naturaleza elusiva del concepto explicada en los párrafos anteriores. Drake (1978) sostenía que el socialismo chileno de la primera mitad del siglo XX tenía matices populistas, en tanto surge en un país subdesarrollado golpeado por la Gran Depresión, lo que le imprimió connotaciones populistas, a pesar de sus aspiraciones marxistas. Para Drake, entender al partido socialista como populista, al menos en sus inicios, clarifica el esquema de atracción de sus bases electorales y su comportamiento al interior del sistema político. Sin duda, los altos niveles de institucionalización partidaria han constituido un obstáculo importante al surgimiento de líderes *outsiders* incluso del segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, pues éste también fue elegido en el marco de una heterogénea coalición de partidos (Valenzuela 1989; Scully 1992; Valenzuela 1995) que a pesar de ser relativamente nuevos, tenían componentes tradicionales como el Partido Socialista Popular, escisión del Partido Socialista, y el Partido Agrario Laborista, además de contar con el apoyo de los comunistas, dada la promesa de terminar con la denominada Ley de Defensa

de la Democracia (“Ley Maldita”). Su elección más que un paréntesis populista respondió al triunfo de un “estilo político antipartido” en el contexto de arreglos y coaliciones político-partidistas agotadas y un sistema de partidos en proceso de reconfiguración (Scully 1992; Valenzuela 1995). De todas formas, Ibáñez constituye probablemente el caso más cercano al populismo, dada la intensa promoción del Estado empresario en sus dos períodos y su cercanía al gobierno de Juan Domingo Perón. Sin embargo, no se trataba de un líder que haya intentado impulsar políticas redistributivas o establecer una estructura clientelística, por lo que, por ejemplo, resulta más apropiado definirlo como un “caudillo carismático” que un populista de tomo y lomo (Boeninger 1997: 106)¹⁷.

En el caso de Eduardo Frei Montalva, a pesar de haber sido uno de los principales impulsores de la Reforma Agraria, tampoco puede clasificarse dentro del populismo. A pesar de que la “Revolución en Libertad” se presentó como alternativa a la opción de cambio marxista y a la continuidad conservadora, una vez en el gobierno, Frei Montalva; “puso más énfasis en mejorar los niveles de vida, y en alcanzar ciertas tasas de inversión, crecimiento e inflación, más que en redefinir estructuras y relaciones sociales” (Fleet 1988: 266). Desde la perspectiva carismática Frei Montalva simboliza, sin duda, uno de los líderes con mayor llegada a los sectores medios y populares. “Frei encarna simbólicamente la trayectoria de muchos intelectuales de las capas medias chilenas que aspiraban a constituir un espacio político que

¹⁷ El empleo abusivo del término populista también se aprecia en la historiografía. Por ejemplo, Salazar y Pinto (1999) sostienen que Arturo Alessandri e Ibáñez del Campo encarnaban una “matriz de legitimidad” corporativista o populista, aludiendo al período entre guerras.

superara tanto la tradición aristocrática de los partidos tradicionales, como el espíritu obrerista de las fuerzas de izquierda” (Maira 1984: 151). Sin embargo, sabemos que el carisma no es una característica excluyente del populismo, por lo que sería incorrecto clasificarlo como tal a partir de la constatación de dosis más o menos intensas de carisma en su liderazgo político, menos aún cuando se trata de un liderazgo sostenido en un partido político de considerable fuerza electoral y complejidad ideológica.

El gobierno de la Unidad Popular (UP) ha sido caracterizado como populista en función de sus políticas macroeconómicas de expansión monetaria, redistribución, incremento sustantivo del gasto, nacionalización de empresas, cierre de la economía, aumento de salarios y desinterés por la inflación (Dornbusch y Edwards 1989; Larroulet 2006; Poblete 2006), por lo que podría definirse al caso de la UP como “populismo económico” en una variante de populismo de “menor intensidad” respecto al populismo latinoamericano en general (Poblete 2006). Otra mirada plantea la experiencia de la UP como populista debido al fundamento de su apoyo popular, intrínsecamente populista más que revolucionario (Cousiño 2001). Con todo, catalogar la experiencia de la UP como populista es posible siempre y cuando se acepte una definición macroeconómica del populismo. Por otra parte, la revolución a la chilena impulsada por Allende se realiza desde una coalición política de izquierda que movilizó el espacio político en función de niveles de cobertura e intensidad ideológica inéditos en la historia política del país, y que distaban de meras apelaciones eclécticas. A ello se agrega que los partidos políticos protagonizaban el proceso político revolucionario, liderando la movilización política y social y actuando como intermediarios entre el liderazgo político y la sociedad.

En la democracia restaurada, el proceso político se ha caracterizado por el predominio de la dimensión institucionalista; “por lo que pocos elementos populistas pueden encontrarse en esta experiencia” (Laclau 2006: 60), visión que coincide con el diagnóstico de la perspectiva que pone el acento en cierta *macroeconomía populista* en América Latina de los 90’, de la cual Chile sería una excepción (Edwards 2008; Larroulet 2006). El sistema de partidos chilenos se ha caracterizado por inusuales niveles de institucionalización, estabilidad y estructuración programática (Mainwaring y Scully 1995; Mainwaring y Torcal 2005; Mainwaring y Zoco 2007) y los partidos jugarían un rol central en el funcionamiento tanto de la vieja como de la nueva democracia chilena (Valenzuela 1995), por lo que la literatura tiende a diferenciar el sistema partidista chileno respecto de la mayoría de los países de América Latina, en donde la integración política se dio de la mano de partidos populistas multclasistas amplios y programáticamente difusos, comparándolo con los sistemas de partidos europeos estructurados en torno a clivajes de clase y dotados de una continuidad y organización ideológica (Dix 1989; Roberts y Wibbels 1999). La visión opuesta señala que la fuerza de los liderazgos antipartidistas en la democracia pre- 1973, y la reaparición del personalismo político, los liderazgos independientes y un discurso antipartidos después de 1989, demuestran la existencia de una demanda por un liderazgo que no responde a categorías ideológicas y partidistas, y que se apreciaría en liderazgos como el de Lavín en 1999 (Montes, Mainwaring y Ortega 2000). En ese sentido, la Unión Demócrata Independiente (UDI) ha sido definida por algunos estudiosos como un partido populista, en virtud de sus métodos de penetración electoral en los sectores populares,

el desarrollo de vínculos clientelistas y el apoliticismo en el servicio público (Fernandois 2000; Soto 2001; Barozet 2003).

Ahora bien, la presencia de dosis de personalismo y vinculaciones clientelistas entre electores y partidos o candidatos, no permite hablar de la presencia de populismo en Chile actual, en tanto cubren sólo de forma parcial las definiciones y características convencionales mínimas sobre populismo, y además, constituyen elementos cada vez más característicos de las democracias contemporáneas en las que el liderazgo político se sustenta en electorados más volátiles y menos dependientes de los clivajes de clase y las lealtades partidarias e ideológicas, abriendo paso a una diversa gama de vinculaciones clientelistas (Swanson 1995; Kitschelt 2000), las cuales no necesariamente son populistas. En el caso chileno, los altos niveles de institucionalización de los partidos y su centralidad en el proceso político democrático, a pesar de los niveles de personalización de la política y el empleo extensivo de prácticas electorales clientelares, sirven como atajo al populismo tal como ha sido definido anteriormente.

Reconstrucción conceptual del populismo y consideraciones respecto a la agenda

La irrupción de liderazgos como el de Chávez, Correa y Morales tiene, sin duda, mayor coincidencia con el populismo clásico que con el neopopulismo. Desde la perspectiva del discurso comparten el argumento que: “denuncia a la élite anterior y al conjunto de partidos políticos tradicionales como traidores a los intereses populares, para presentar a los nuevos gobernantes como verdaderos

representantes de esos intereses” (Paramio 2006: 65). Los tres, además de ser *outsiders* de la política tradicional, coinciden en haber desmantelado el orden existente a través de la redacción y entrada en vigencia de una nueva Constitución, lo que los aproxima más a la conducta de los populistas clásicos. En el caso venezolano, el gobierno chavista: “se ha dedicado a destruir todo el tejido institucional. En primer lugar los poderes públicos, convertidos, para todos fines útiles, en simples cajas de resonancia de la (copiosa voz) del Ejecutivo. Luego viene la larga teoría de instituciones destruidas o en proceso de serlo: desde PDVSA hasta las instituciones culturales, rematando con una Fuerza Armada que de Nacional, está pasando a ser la institución armada chavista” (Caballero 2005: 230-231). De esa forma, de un neopopulismo inicial, a través de una variopinta coalición de apoyo (1998), Chávez transitó hacia un populismo próximo en varios aspectos a los populismos clásicos de Perón y Vargas, pero que ha ido derivando en la restricción progresiva de libertades y un incremento sostenido del control estatal de la economía, dando sentido a la resurrección de la izquierda radical latinoamericana, que parecía superada por la renovación de parte de las izquierdas bajo los regímenes autoritarios. Si bien es posible definir a Chávez como un líder populista -atendiendo a las condiciones de su emergencia, a su estilo político y a las políticas implementadas-, no se puede analizar ese caso sin tomar nota de la reactivación de la izquierda radical en la región (Dockendorff 2007).

Las perspectivas para Latinoamérica no han cambiado. La debilidad institucional que aqueja a los países de la región se hace

presente a través de “sistemas de partidos fluidos, inestables, altamente personalistas y militantemente adversos a más mecanismos de transparencia y rendición de cuentas” (Castañeda y Navia 2008: 55). A lo anterior se suman las 190 millones de personas que aún viven en la pobreza según la encuesta Latinobarómetro (2008) y las altas expectativas que se concentran sobre el Estado como proveedor de educación, salud y empleo¹⁸, transforman el surgimiento del populismo con sus características más esenciales en un problema latente que se vincula a la falta de educación, una mentalidad asistencialista y los bajos niveles materiales en que vive prácticamente el 40% de la población latinoamericana.

En síntesis, el populismo continúa como asignatura pendiente en el estudio de la política latinoamericana. Como se comentó en el desarrollo del artículo, populismo y neopopulismo son registrados y utilizados por diversas líneas de estudio, enfoques y perspectivas de análisis. El punto ciego en el estudio de la política latinoamericana desde el populismo es la inexistencia de un acuerdo o punto de convergencia que delimite y segmente los atributos y características excluyentes del término populismo. El populismo ha sido empleado para referirse a líderes políticos, partidos, ideologías, movimientos y periodos históricos, entre otros. Pese a ello, es posible detectar algunos enfoques o líneas centrales en los que se divide el estudio del populismo en la región, donde cabe

mencionar; el enfoque histórico-sociológico; la perspectiva económica; el enfoque ideológico y la perspectiva política, a los que pueden agregarse la perspectiva coyunturalista y la línea interpretativa en clave con el proceso de modernización. Como se señaló al comienzo del artículo, las características centrales del populismo propuestas por Roberts (1999) constituyen una suerte de *mínimo común conceptual* sobre el cual es posible trabajar comparativamente a escala de América Latina. Bajo las coordenadas proporcionadas por este autor, para hablar de populismo en la región debe existir un liderazgo personalista y paternalista con apoyos multclasistas -predominantemente populares- sostenidos en vinculaciones clientelistas y prácticas redistributivas, elude las instancias de intermediación y emplea una retórica discursiva fuertemente anti-elitista o de cuestionamiento a la institucionalidad. Guy Hermet (2003) coincidía con ello en cuanto el populismo prefiere saltarse todo tipo de intermediación, estableciendo puentes directos entre el liderazgo populista y la población. Pero además, añade a la definición de populismo un atributo de corte temporal, ya que el populismo consistiría en la negación de la deliberación democrática sobre las políticas, transformando la provisión de bienes públicos en resorte exclusivo del líder populista. De esa forma, las características del populismo proporcionadas por Roberts y los elementos definitorios y excluyentes que plantea Hermet permiten un aterrizaje -por momentos forzoso- a una síntesis sobre las atributos y características del populismo.

En suma, pese a que este ejercicio de poner sobre la mesa las definiciones y enfoques en torno al populismo da cuenta de que el

¹⁸ De los entrevistados por Latinobarómetro (2008) un 86% considera que el Estado debe proveer la educación, un 85% la salud, 83% está a favor de que las universidades, jubilaciones y pensiones sean estatales y un 80% apoya que servicios eléctricos y petróleo sean manejados por el aparato estatal.

problema todavía reside en el plano de la conceptualización y la delimitación del objeto de estudio, el populismo retorna frecuentemente en las agendas de investigación y líneas de trabajo sobre la política latinoamericana, lo que vuelve necesaria la discusión y reconsideración permanente de su estatus como asignatura pendiente en el estudio de la política en América Latina. No obstante, a pesar de ello, sigue siendo un campo de abordaje más que interesante para estudiar la política en la región, toda vez que algunas teorías y criterios

de análisis proporcionados por la Ciencia Política desde Europa occidental y Estados Unidos resultan difícilmente exportables para el estudio de la democracia en América Latina. En ese sentido, delimitar conceptualmente el populismo no es un ejercicio trivial desde el punto de vista práctico e incluso político, ya que nos entrega pistas sobre el desarrollo del proceso político en países como Venezuela y otras democracias, cuya fragilidad institucional facilita el acceso al mercado político-electoral de *outsiders potencialmente* populistas.

Bibliografía

- Arditi, Benjamín. 2004. "Populism as a spectre of democracy: a response to Canovan". *Political Studies* 52: 135-143.
- Axford, Barrie; Huggins, Richard. 1997. "Anti- Politics or the Triumph of Postmodern Populism in Promotional Cultures?" *The Public* 4, 3: 5-25.
- Barozet, Emmanuelle. 2003. "Movilización de recursos y redes sociales en los neopopulismos: hipótesis de trabajo para el caso chileno". *Revista de Ciencia Política* 23, 1: 39-54.
- Boeninger, Edgardo. 1997. *Democracia en Chile: Lecciones para la gobernabilidad*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Braun, Herbert. 2001. "Populazos, populitos, populismos". *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. Hermet, G.; Loaeza, S.; Prud' Homme, J.; (Comps.). México: El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales. 251-274.
- Canovan, Margaret. 1999. "Trust the people! Populism and the two faces of democracy". *Political Studies* XLVII: 2-16.
- Castañeda, Jorge; Navia, Patricio. 2008. "El mercado de votos de la democracia en América Latina". *Las frágiles democracias latinoamericanas*. Schmidt, Paula; Soto, Ángel (Eds.). Santiago: El Mercurio Aguilar. 55.
- Caballero, Manuel. 2005. *La pasión de comprender. Nuevos ensayos de historia (y de) política*. Venezuela: Alfadil Ediciones.
- Connif, Michael. 2003. "Neo-populismo en América Latina. La década de los 90' y después". *Revista de Ciencia Política* XXIII, 1: 31-40.
- Coppedge, Michael. 2001. "Latin American Parties: Political Darwinism in the Lost Decade". *Political parties and democracy*. Diamond, Larry; Gunther, Richard (Eds.). Maryland: The Johns Hopkins University Press. 173-205.
- Costa, Marina. 2008. "Parties and Leader effects: impact of Leaders in the vote for Different Types of Parties." *Party Politics* 14, 3: 281-298.
- Costa, Jimena. 2004. "Los partidos neopopulistas en Bolivia. 1989-2004". *Diálogo Político* XXI, 2: 63-87.
- Couffignal, Georges; Ramírez, Rosaly. 2007. "¿Retorno del populismo en América Latina?". *Nación y Nacionalismo en América Latina*. González, J. (Ed.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CLACSO. 189-211.
- Cousiño, Carlos. 2001. "Populismo y radicalismo político durante el gobierno de la Unidad Popular". *Estudios Públicos* 82: 189-205.
- De La Torre, Carlos. 2003. "Masas, pueblo y democracia: Un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo". *Revista de Ciencia Política* XXIII, 1: 55- 66.
- Dix, Robert. 1989. "Cleavage Structures and Party Systems in Latin America". *Comparative Politics* 22, 1: 23-37.
- Dockendorff, Andrés. 2007. "Consideraciones en torno al liderazgo populista: el caso venezolano". *Política y Estrategia* 105, 1: 94-110.
- Dornbusch, Rudiger; Edwards, Sebastián. 1989. "The macroeconomics of populism in Latin America". *Working Papers* 316: 1-66.
- Drake, Paul. 1978. *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952*. Chicago: University of Illinois Press.
- Edwards, Sebastián. 2008. "La larga historia de América Latina con un bajo crecimiento económico". *Las frágiles democracias latinoamericanas*. Schmidt, Paula; Soto, Ángel (Eds.). Santiago: El Mercurio Aguilar. 29.

- Ellner, Steve. 2004a. "Respuestas al debilitamiento del Estado y la sociedad venezolana en la época de Hugo Chávez". *Revista Política* 42: 41-58.
- _____. 2004b. "Hugo Chávez y Alberto Fujimori: Análisis comparativo de dos variantes de populismo". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 10, 1: 13-37.
- Fernandois, Joaquín. 2000. "Las paradojas de la derecha: el testimonio de Allamand". *Estudios Públicos* 78: 334-373.
- Fleet, Michael. 1988. "La Democracia Cristiana Chilena en el Poder". *Estudios Públicos* 32: 265-313.
- Hermet, Guy. 2001. "Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos". *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. Hermet, G.; Loaeza, S.; Prud' Homme, J.; (Comps.). México: El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales. 13-34.
- _____. 2003. "El populismo como concepto". *Revista de Ciencia Política* XXIII, 1: 5- 18.
- Ionescu, G.; Gellner, E. 1970. *Populismo: sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Isotalus, P.; Aarnio, E. 2006. "A model of televised election discussion: The Finnish multi-party system perspective." *The Public* 13, 1: 61-72.
- Katz, Richard; Mair, Peter. 1995. "Changing Models of Party Organization and Party Democracy: The Emergence of the Cartel Party." *Party Politics* 1, 1: 5-28.
- Kitschelt, Herbert. 2000. "Linkages between citizens and politicians in democratic polities". *Comparative Political Studies* 33, 6/7: 845-879.
- Knight, Alan. 1998. "Populism and Neo-Populism in Latin America, Especially Mexico". *Journal of Latin American Studies* 30, 2: 223-248.
- Laclau, Ernesto. 1987. "Populismo y transformación del imaginario político en América Latina". *A Journal of Latin American and Caribbean Studies* 42: 25-38.
- _____. 2005. *La Razón Populista*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 2006. "La deriva populista y la centro izquierda latinoamericana". *Nueva Sociedad* 205: 57- 65.
- Lanoue, David; Schrott, Petere. 1989. "Voter's reactions to televised Presidential Debates". *Political Psychology* 10, 2: 275-285.
- Larroulet, Cristián. 2006. "La lucha contra el populismo: el caso de Chile". *Serie Informe Económico* 172: 1-9. Santiago: Libertad y Desarrollo.
- LATIN AMERICAN PUBLIC OPINION PROJCT (LAPOP). 2007. *Cultura política de la democracia en Chile*. LAPOP. Instituto de Ciencia Política Universidad Católica-Vanderbilt University.
- LatinoBarómetro. 2008. *Informe Noviembre-2008*. Santiago de Chile.
- Levitsky, Steven; Cameron, Maxwell. 2003. "Democracy without Parties? Political Parties and Regime Change in Fujimori's Peru". *Latin American Politics and Society* 45, 3: 1-33.
- Lodola, Germán. 2004. "Neopopulismo y compensaciones a los perdedores del cambio económico en América Latina". *Diálogo Político* XXI, 2: 11-37.
- Mackinnon, María; Petrone, Mario. 1999. "Los complejos de la Cenicienta". *Populismo y neopopulismo en América Latina; el problema de la Cenicienta*. Mackinnon, M.; Petrone, M. (Comps.). Buenos Aires: Editorial Universitaria. 11-58.
- Mainwaring, Scott; Scully, Timothy. 1995. *La construcción de las instituciones democráticas. Sistemas de partidos en América Latina*. Santiago: CIEPLAN.
- _____; Shugart, Soberg Matthew. 2002. "Presidencialismo y sistema de partidos en América Latina". *Presidencialismo y democracia en América latina*. Mainwaring, Scott; Shugart, Soberg Matthew (Eds.). Buenos Aires: Paidós. 255-294.
- _____; Torcal, Mariano. 2005. "La institucionalización de los sistemas de partidos y la teoría del sistema partidista después de la tercera ola democratizadora". *América Latina Hoy* 41: 141-173.
- _____; Zoco, Edurne. 2007. "Political sequences and stabilization of interparty competition". *Party Politics* 13, 2: 155-178.
- Maira, Luis. 1984. *Chile: Autoritarismo, Democracia y Movimiento Popular*. México, D.F.: Centro de Investigación y Docencia Económicas.
- Martucelli, Danilo; Svampa, Maristella. 1999. "Las asignaturas pendientes del modelo nacional popular. El caso peruano." *Populismo y neopopulismo en América Latina; el problema de la Cenicienta*. Mackinnon, M.; Petrone, M. (Comps.). Buenos Aires: Editorial Universitaria. 257- 278.
- Montes, Esteban; Mainwaring, Scott; Ortega, Eugenio. 2000. "Rethinking the Chilean party system". *Journal of Latin American Studies* 32, 3: 795-824.
- Mudde, Cas. 2004. "The populist Zeitgeist". *Government and Opposition* 39, 3: 541-563.
- Munk, Gerardo. 2007. "Agendas y Estrategias de investigación en el estudio de la Política Latinoamericana". *Revista de Ciencia Política* 27, 1: 3-21.
- _____; Verkuilen, Jan. 2002. "Conceptualizando y midiendo la democracia: Una Evaluación de Índices. Alternativos". *Política y Gobierno* 9, 2: 403-441.
- Navia, Patricio. 2003. "Partidos Políticos como antídoto contra el populismo en América Latina". *Revista de Ciencia Política* XXIII, 1: 19-31.
- Newton, Kenneth. 1999. "Mass media effects; mobilization or media malaise." *British Journal of Political Science* 29, 4: 577-599.
- Novaro, Marcos. 1996. "Los populismos Latinoamericanos transfigurados." *Revista Nueva Sociedad* 144: 90-103.
- O' Donnell, Guillermo. 1994. "Delegative Democracy". *Journal of Democracy* 5, 1: 55-69.
- _____. 1997. *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós.
- Palacios, Marco. 2001. "Presencia y ausencia de populismo: para un contrapunto colombo-venezolano". *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. Hermet, G.; Loaeza, S.; Prud' Homme, J.; (Comps.). México: El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales. 327-364.
- Papathanassopoulos, Stylianos *et al.* 2007. "Political Communication in the era of professionalisation." *The Professionalisation of Political Communication*. Negrine, Ralph; Papathanassopoulos, Stylianos; Mancini, Paolo; Holtz- Bacha,

- Cristina (Eds.). Chicago: The University of Chicago Press. 27-46.
- Paramio, Ludolfo. 2006. "Giro a la izquierda y regreso del populismo". *Nueva Sociedad* 205: 62- 74.
- Payne, Mark. 2006. "El equilibrio de poder entre el Ejecutivo y el Legislativo: papel de la Constitución y los partidos políticos". *La política importa. Desarrollo y democracia en América Latina*.
- Payne, M.; Zovatto, D.; Mateo, M. (Eds.). Washington D.C.: Banco Interamericano de Desarrollo. 197-235.
- Peruzzoti, Enrique. 1998. "La naturaleza de la nueva democracia argentina. Revisando el modelo de democracia delegativa". *Fracturas en la gobernabilidad democrática*. Urzúa, R.; Agüero, F. (Eds.). Santiago: Centro de Análisis de Políticas Públicas, Universidad de Chile. 289-314.
- Poblete, Mario. 2006. "Populismo latinoamericano: Una perspectiva comparada". *Revista de Ciencias Sociales* 3, 3: 71-95.
- Prud' Homme, Jean Francois. 2001. "Un concepto evasivo: el populismo en la Ciencia Política". *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. Hermet, G.; Loaeza, S.; Prud' Homme, J.; (Comps.). México: El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales. 35-63.
- Roberts, Kenneth. 1999. "El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano". *Populismo y neopopulismo en América Latina; el problema de la Cenicienta*. Mackinnon, M.; Petrone, M. (Comps.). Buenos Aires: Editorial Universitaria. 375- 408.
- _____.; Wibbels, Erik. 1999. "Party Systems and Electoral Volatility in Latin America: A test of Economics, Institutional, and Structural Explanations." *The American Political Science Review* 93, 3: 575-590.
- Ruiz, José. 2006. "Reseña a La razón populista de Ernesto Laclau." *Revista Confines* 2: 103- 107.
- Salazar, G.; Pinto J. 1999. *Historia Contemporánea de Chile*. Santiago: LOM.
- Santiso, Javier. 2001. "¿Del buen revolucionario al buen liberal? A propósito de un extraño camaleón latinoamericano". *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. Hermet, G.; Loaeza, S.; Prud' Homme, J.; (Comps.). México: El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales. 215-250.
- Sartori, Giovanni. 1991. "Comparación y método comparativo". *La comparación en las ciencias sociales*. Sartori, G.; Morlino, L. (Coords.). Madrid: Alianza. 29-50.
- _____. 1999. *Elementos de teoría política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Schneider, William. 1994. "The New Populism". *Political Psychology* 15, 4: 779-784.
- Scully, Timothy. 1992. *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. Santiago: Notre Dame-CIEPLAN.
- Soto, Ángel. 2001. "La irrupción de la UDI en las poblaciones, 1983- 1987". *Ponencia del XXIII Congreso Internacional de LASA*, Washington DC.
- Swanson, David. 1995. "El campo de la comunicación política. La democracia centrada en los medios". *Comunicación Política*. Muñoz-Alonso, A.; Rospir, J. (Eds.). Madrid: Universitas. 3-24.
- Tanaka, Martín. 2004. "Perú; el gobierno de Alejandro Toledo, o cómo funciona una democracia sin partidos". *Revista Política* 42: 129-154.
- Touraine, Alain. 1999. "Las políticas nacional-populares." *Populismo y neopopulismo en América Latina; el problema de la Cenicienta*. Mackinnon, M.; Petrone, M. (Comps.). Buenos Aires: Editorial Universitaria. 329-361.
- Valenzuela, Arturo. 1989. *El quiebre de la democracia en Chile*. Santiago: FLACSO.
- Valenzuela, Samuel. 1995. "Orígenes y transformación del sistema de partidos en Chile". *Estudios Públicos* 58: 5-77.
- Vilas, Carlos. 1988. "El populismo latinoamericano: un enfoque estructural." *Revista Desarrollo Económico* 111, 28: 323-352.
- _____. 2004. "¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del neopopulismo latinoamericano". *Revista de Sociología e Política* 22: 135-151.
- Walker, Ignacio. 2006. "Democracia en América Latina". *Documento CADAL* 54: 1-10.
- Weyland, Kurt. 2001. "Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics". *Comparative Politics* 34, 1: 1-22.
- _____. 2003. "Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: How much affinity?" *Ponencia del XXIV Congreso Internacional de LASA*, Dallas, TX.

